

José Watanabe

LA GALLINA CIEGA (GOYA)

Cansado de llevar la música con el pie en el gozne del tobillo
como los tímidos,
entraste a jugar, sin mucha intención, a la gallina ciega.
Sin venda, pero una vez más, fuera de lugar.
Oyes las voces de los corrillos, imaginas
la cadencia plúmbea de los potitos en pera.
Las voces son muy verbales, pero entre ellas debes tentar a
alguien
que te releve, y sin embargo
avanzas con dudas, dices "aquí nadie podra relevarme", y
cierto:
este departamento no es tu demagógica pobrecita plazuela
donde rápidamente cambiabas tu rol con otro chiquillo
miserable
que no ha venido.
(Y no insistas, ese chiquillo y los otros te piden que los olvides).
Estas que oyes son tus nuevas voces. Pudieron ser
para tu previsible resentimiento, y no.

El agnóstico que te confía su deseo de creer en Dios,
la descasada que parece asequible como chivita en pampa,
el ortodoxo y el que reconsidera las cosas, todos
son honestos
a su manera.

No son para tu resentimiento, tampoco para tu gran
entusiasmo.

Continúa con ese ánimo. Así
siempre podrás, como otras veces, dejar el juego,
siempre podrás hacerles con los dedos una figura obscena, y
largarte.

LA DESHABITADA

Interminable

pleito entre hermanos mantenía la casona deshabitada y en
escombros.

Yo pasaba el día escribiendo en un altillo vecino
y de ventana siempre abierta a la casona.

Escribía contemplándola sin propósito,
sólo descansando los ojos en su imperceptible destrucción.

Puertas y ventanas
perdían lentamente la escuadra, y pilares y vigas
dibujaban cruces que el salitre del mar cercano ennegrecía.

Una hiedra entraba en las habitaciones, como mirando,
y se tejía con abuso en la caña brava desconchada.

Las alimañas, confiando en la desolación, dejaron de
pigmentarse

y a mi ventana trepaban cucarachas blancas
que yo mataba con terror.

El suelo se ablandaba y las baldosas de los patios
fruncían el gran dibujo geométrico y se ordenaban en espiral
como esperando un gran remolino hacia el centro de la tierra.

Ante el lentísimo hundimiento de la casona
mi altillo lucía más elevado y consistente.

El gran remolino vendría, sin duda, y violento,
pero yo gozaba de un sentimiento de salvación muy
injustificado.

Muy injustificado

porque un día mis ojos descubrieron que
en lo que tanto se mira

está lo del que mira, la afinidad callada
o aquello que las imperturbables matemáticas llaman

el común denominador.

MAMÁ CUMPLE 75 AÑOS

Cinco cuyes han caído
degollados, sacrificados, a tus pies de reina vieja.
Sangre celebra siempre tu cumpleaños, recíbela
en una escudilla
donde pueda cuajar un signo brillante
además del cuchillo.

La bombilla de luz coincide con tu cabeza dormida
y te aureola: comenzamos a quererte
con cierta piedad,

pero tus ojos
tus ojos se abren como avisados, y revive en ellos
un animal de ternura demasiado severa.

Tus ojos de ajadísimo alrededor
son el resto indemne
del personaje central que fuiste en la casa, cuando
enhiesta alargabas el candil hacia la oscuridad
y llamabas susurrando
a nadie. Las sombras en el muro y los gatos
detrás de la frontera terrible
eran inocentes. Tú, señora, eras el miedo.

Cinco cuyes estarán pronto servidos en la mesa.
Otros eran los del rito curador, los de entrañas abiertas y
sensitivas
que revelaban nuestras enfermedades.
Estos son de diente, de presa. No dirán
que tú eres nuestra más antigua dolencia.

LA ARDILLA

Una ardilla cumplida, diaria, viene a mi balcón.
Recoge nerviosamente el pan que le dejo y huye al bosque.
Su huida es como guiada
por otra ardilla que sale de sí misma y la antecede
un segundo
siempre,
y aún detrás de ella va dejando otra, un ágil trazo
que se desvanece milagrosamente en el aire ordinario.
Así la ardilla va como un curioso juego óptico de veloces
figuras
que nunca encajan.
Es como alguien que corre detrás de una verja.
Esto escribí hace tres años, un ejercicio de descripción
que quedó inconcluso
porque no supe conducir su sentido.
Yo estaba en un hospital, en Hannover (grave, dicen), y creo
que quería hablar de los que saben definirse tan perfectamente
como la ardilla, vibrando.
O tal vez iba a formular mi desesperado deseo de ese invierno:
hibernar como ella,
recogerme fetal en el fondo de una cueva y ser
un animal de funciones quietas, de enfermedad quieta, de
tiempo quieto.
A los poemas no se les puede forzar el sentido
y allí quedaron los versos, como dije, inconclusos, esperando
acaso
a esta muchacha
que ahora los orienta y que provisionalmente es la ardilla.

LA TEJEDORA

Mirando
a la muchacha que teje en telar de cintura
me aprieto contra la yerba que crece en esta colina de mi pereza
y tonteando

pongo mi oído
para escuchar cómo gira la gran tierra sobre su eje.
Si en alguna parte suena, sería aquí.
Mas no hay eje que chirríe como en el globo terráqueo de
escritorio
donde jugaba
a buscar un lugar para vivir, apuntándolo con el dedo,
al azar.

Tu teoría,
Copérnico, explica la alternancia,
el día, la noche, y otro giro y otro giro,
pero los hombres, Copérnico, queremos un lugar para vivir.

La tejedora
intercala la lanzadera
entre las mil hebras del telar, y ya se puede ver
un colibrí
frente a la flor del floripondio, y ya se puede ver
una trilla
descascarando trigo para pan de manteca.

(Idealizo, sí, pero ella también).

Su mano
cogiendo la lanzadera que parece puñal, insinúa
otro movimiento: ella también puede matar, pero no,
este es un lugar apacible, todo se mueve
con bondad.
¿Sería posible, Copérnico,
sumar los movimientos de su mano
con los infinitos otros (aunque lejanos) de la misma índole
y hacer uno solo
para que la vida que gira sobre tu teoría
sea bella
como en este tejido de Cajamarca?

EL PUENTE

Las columnas herrumbradas por el aire delgado
de la altura
suben desde las pendientes de la quebrada y sostienen con
gruesos remaches
los travesaños de hierro.
Hay mil remaches en la estructura del puente
pero en el centro hay uno solo fijando el encuentro
de todas las fuerzas, uno solo, insospechado y firme,
evitando que el mundo se venga abajo.
Aquí alguna vez un hombre modesto se sentó a horcadas
sobre el abismo
y golpeó contra el remache decisivo, acero al rojo y con
esquirlas.
Imagina la acción tensa y peligrosa de su brazo
golpeando acompasado
como si nos transmitiera serenamente un mensaje:
"Nadie asegura el mundo en su contra".
El remache
permite el paso del tren de los metales y del tren de los
migrantes
que muerden pan ácimo y queso de cabras
y el paso contrario
de los que vamos a mirar sus cortamontes (venía aristocrática
en el pasacalle, vuelta y otra venía, así)
Y mientras cruzas el puente y miras aterrado el vacío del
desfiladero
siente, pues, el interminable poder de ese hombre.
Sin embargo, imagínalo caminando como cualquiera,
sin alardes,
hacia los campamentos desmontados a comienzos de siglo
donde durmió sobre un pellejo su sincero cansancio.

A TUS OREJAS

Tus orejas eran mi único y suficiente auditorio
cuando estaban a ambos lados de tu atentísima cabeza.
Pero anoche no vi tu cabeza, sólo tus orejas
como dos mariposas, dos caracoles, dos ranitas estrujadas.
No debería usar símiles para hablar de tus orejas
porque vinieron a mi sueño sin sugerir ni al animal más bello.

Vinieron orejas como tales,
desnudas,
como propiamente.

Mas el inconforme lenguaje
para nombrarlas
buscó el símil, ese efímero
prodigio.

Pero estos pequeños prodigios no cautivaron tus blancas orejas
sino los que reverencia la antropología, el folklore
y seguramente el miedo,
historias de asombro, mitos del pendejo pueblo mío
que vinieron conmigo.

Cuéntame, decías,
y a tu pedido la memoria popular era para el introito.
Y si más prodigiosa la historia, de más lejos yo:
amabas al recóndito
aunque con el estimulante recelo de tus ojos
y de tu cuerpo que lentamente se rendía
para que, como quieren los Amarus, lo de abajo esté arriba.

EL GRITO (EDVAR MUNCH)

Bajo el puente de Chosica el río se embalsa y es de sangre,
pero la sangre no me es creída.
Y nada quedaría aclarado si digo, si acepto
que es el reflejo del cielo crepuscular, bermejo,
en el agua que hace de espejo.

Miren sino
en la mujer que contemplaba el río
desde la baranda
hasta que se le terminaron Heráclito y Manrique, sus alegorías,
y mírenla venir ahora
gritando, gritando, horrorizada gritando.
No hay otra explicación:
Se le terminaron las figuras
y vio la sangre al natural fluyendo.
Lo alegórico se está haciendo real.
Y por tanto
no duden de ella, es verdadera, no es basura metafísica,
su palidez y flacura se deben a la fisiología de su grito,
recoge sus carnes en la boca
y en el grito
las consume.

El viento del atardecer quiere robarle la cabeza,
miren cómo la defiende, cómo la sujeta
con sus manos
a sus hombros,
la desesperación aún le permite ese gesto optimista.
Ella no está restringida a la lengua figurada.
Ella puede venir gritando, gritando, desbordada gritando.
Yo debo porfiar que la sangre es indiscutible, porfiar
que no he usado alegoría trillada (reflejo
del cielo bermejo).

A mí el horror todavía me permite este estilo,
este poema silencioso, esta represión.